

Discurso Público

Nº 10

Noviembre 2020

FUNDACIÓN UC

Discurso pronunciado en la asamblea
solemne para dar a conocer los objetivos de
la Universidad Católica de Chile

8 de septiembre de 1888

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ASAMBLEA SOLEMNE PARA DAR A CONOCER LOS OBJETIVOS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

8 DE SEPTIEMBRE DE 1888

Esta intervención fue pronunciada en la primera actividad oficial de la naciente Universidad Católica por Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, primer rector de la institución: una asamblea solemne para dar a conocer los objetivos de la universidad e iniciar una campaña de recolección de fondos.

El principal motivo para crear la casa de estudios, y que se encuentra presente en toda la alocución es una reivindicación consciente y enérgica de la libertad de enseñanza como derecho natural frente al Estado. Es a partir de esta sentida aspiración de diversos sectores de la sociedad de la época, que se plantea la necesidad de establecer una universidad libre –entendiendo por tal una distinta a la casa de estudios administrada por el Estado de Chile-, donde se formen científicos y profesionales inspirados por los valores católicos. Es interesante también destacar como el discurso pone de relieve la experiencia de otros países en donde existen universidades católicas autónomas.

La intervención busca precisamente afirmar el derecho de la Iglesia a fundar y sostener instituciones de educación superior independientes, en un clima de intensa discusión en la opinión pública nacional de la época en torno a este tema. En concreto, la intervención aborda la libertad de enseñanza en dos de sus manifestaciones, tanto en su vertiente de fundar y sostener establecimientos de

educación como en su vertiente de libertad de cátedra. Asimismo, es posible encontrar a lo largo del discurso distintos elementos que hacen referencia al derecho de los padres a educar a sus hijos, y de cómo se relaciona este derecho natural con la fundación de la institución.

Asimismo, Monseñor Larraín Gandarillas hace un conciso recuento de la estrecha relación que ha existido entre la Iglesia y la cultura de las humanidades, para enfatizar que fe y ciencia no son incompatibles. Nuevamente se hace una exposición con un doble propósito. Como primer objetivo, busca reafirmar a la comunidad católica chilena la relación positiva que existe entre el mundo de las ciencias y el mundo de la fe, y como ambos elementos se funden en la visión católica de progreso. En segundo lugar, es una argumentación en contra de todos aquellos espíritus de la época que cuestionan la posibilidad de desarrollar las ciencias y las humanidades bajo al alero de la fe (específicamente la católica). En este sentido, es una batería de argumentos y ejemplos para ilustrar a la opinión pública en torno a la inexistencia de la pretendida incompatibilidad que alegan los “liberales” de dicho periodo.

Varias de las ideas plasmadas en este discurso sobre la libertad de enseñanza estarán presentes en la larga discusión política nacional que se dio en torno a este tema en los años posteriores a la fundación de la casa de estudios.



DISCURSO

DEL ILLMO. SR. OBISPO DE MARTYRÓPOLIS,
DOCTOR DON JOAQUÍN LARRAÍN GANDARILLAS,
PROMOTOR DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Señor Vicario:¹

Hermanos sacerdotes:

Amigos:

Señoras:

La presencia de este selecto auditorio dice elocuentemente que el designio de fundar la Universidad Católica ha encontrado simpática acogida entre vosotros.

Lo cual significa que el sentimiento religioso y patriótico que ha inspirado esa noble idea tiene hondas raíces en la familia chilena.

Y significa también que nuestro Prelado puede y debe contar con eficaz cooperación para llevar a cabo tan interesante empresa. Porque ¿de qué sacrificios no es capaz y de qué obstáculos no sabe triunfar el amor acendrado a la religión y a la patria?

Os hemos invitado a reunirnos en este hermoso hogar, en que reciben culto entusiasta los más puros y levantados sentimientos del alma, para tener ocasión de explicaros, aunque sólo sea compendiosamente, lo que significa a nuestros ojos ese ideal de una Universidad Católica en nuestro Chile, ese ideal que fue tan acariciado por la poderosa inteligencia del ilustrísimo señor Valdivieso y por el gran corazón del ilustrísimo señor Salas.

Las ideas capitales que encierra el proyecto de la Universidad Católica, están indicadas en el decreto en que el ilustrísimo señor Casanova expresó la resolución de fundarla, que acaba de ser leído. Y nada mejor podemos hacer nosotros que empeñarnos en desarrollarlas un tanto, con la esperanza de fortificar vuestras convicciones y de poner bien claro a los ojos de todos nuestro intento.

Encuétrase tan justificada la aspiración de los que desean el pronto establecimiento de una Universidad Católica libre, que no puede haber interés alguno en ocultar o disfrazar ese noble designio. Conviene, al contrario, exponerle a la luz del medio día, para que ante los ojos de los espíritus rectos aparezca en su natural hermosura una obra destinada a producir grandes beneficios a nuestro país y que aprovechará juntamente a la Iglesia y al Estado.

Para comprenderlo, comencemos por preguntarnos: ¿qué cosa es o debe ser una Universidad Católica libre?

Una Universidad Católica es, en primer lugar, una vasta escuela en que se cultivan y enseñan los diferentes ramos del humano saber, en armonía con esas verdades fundamentales que ha puesto fuera de discusión la palabra infalible de Dios. Una Universidad Católica es además un hermoso taller en que se educa el corazón y se forma el carácter de los jóvenes y se les prepara para las diversas carreras y exigencias de la vida social.

Una Universidad libre es, por fin, una corporación que no vive del aliento ni de la inspiración oficial. La nuestra aspira al honor de deberlo todo a su propio y abnegado trabajo y a las simpatías que logren inspirar sus doctrinas, sus profesores y sus métodos. Y espero que no se apasionará sino por un ideal: el de trabajar con desinteresado celo por la difusión de las verdaderas luces y por la sólida educación de la juventud.

Estas grandes cosas encierran las tres palabras: Universidad Católica libre.

Recojámosnos algunos minutos para meditar acerca de tan interesante tema.

La inteligencia humana, destello de la inteligencia increada, desea y busca por instinto nativo la verdad, que es su alimento y su vida. Nada más noble y excelente, ha dicho el Angélico Doctor, que el afán del hombre por enriquecer su espíritu con variados conocimientos.²

La mente vigorosa del hombre, cultivada por el estudio y fortalecida por los suaves resplandores de la fe, es capaz de muy grandes cosas, y tiene poder no sólo para penetrar en los dilatados horizontes de las ciencias, sino hasta para ir a sorprender los inefables misterios del Rey inmortal e invisible de los siglos.

Sobre todo, debemos fijarnos en que a la inteligencia ha sido confiada por el Creador del hombre la delicadísima misión de dirigir todos los actos de su vida a la consecución de los altos destinos con que la sacó de la nada a figurar en

¹El señor Prebendado doctor don Jorge Montes.

²Nihil nobilius et perfectius in creaturis invenitur quam intelligere.

el grandioso teatro de los seres inmortales y libres. Pero aun cuando la inteligencia es el más precioso de los dones con que el Hacedor soberano se ha dignado enriquecer al rey de la creación, éste viene al mundo envuelto en las tinieblas de la ignorancia y del pecado. Por razón de lo cual es de primordial importancia cultivar su mente y adoctrinarlo convenientemente desde temprano, a fin de que llegue a hacerse digno, con el propio esfuerzo, de su excelso origen y de su inmortal destino.

Todo lo cual nos permite comprender por qué deben ocupar un lugar culminante entre las instituciones sociales las que tienen por objeto la cumplida instrucción de la juventud, y asimismo por qué afecta vivamente a las familias y a la sociedad entera un asunto con el que están ligados, en realidad, sus intereses más caros.

Ahora bien, las universidades católicas están en primera línea entre las instituciones docentes.

Para convencerlos de ello, basta hacer presente que en su hermoso programa encuentran cariñosa hospitalidad los ramos todos del humano saber.

El programa es juntamente conciso y comprensivo. Es tan conciso, que lo forman sólo estas dos palabras: Dios y sus obras. Y es tan comprensivo, que abarca todas las ciencias; puesto que todas las especulaciones del espíritu humano tienen necesariamente por objeto al Creador o a las criaturas. ¡Qué programa, señores, tan sencillo y tan filosófico a la vez! Las diferentes facultades, entre las cuales se acostumbra distribuir la enseñanza de los numerosos ramos de estudio que pueden interesar a la juventud, no tienen para qué salirse de ese breve programa, desde que nada queda por investigar fuera de Dios y de las obras de Dios.

Las diversas asignaturas de la Universidad Católica tienen, al propio tiempo el exclusivo y singular privilegio de encontrarse ligadas por ese lazo de oro, que une a los dos grandes objetos de sus investigaciones y que no permite separar los efectos de la causa primera que los ha producido.

Ese vínculo estrechísimo relaciona a todos los seres con el Ser infinito y omnipotente que los ha criado y ordenado, que los conserva y viene gobernando durante la sucesión de los siglos, y al que necesariamente tienen que referirse como a su primer principio, como al tipo o ideal divino, en conformidad al cual han sido criados, y como al fin supremo para el cual fueron sacados de la nada.

Dios es y no puede dejar de ser por eso, a los ojos de la ciencia cristiana, la causa eficiente, la causa ejemplar y la causa final de todos los seres creados, a los que contempla contenidos de una manera eminentísima en la esencia

increada y reflejando hermosamente, de diversas maneras, sus adorables perfecciones.³

La ciencia de la naturaleza, que no es más que la reproducción del universo en nuestra alma, en cuanto por la aplicación de sus facultades logra conocer más o menos perfectamente las propiedades de los seres que lo forman, las relaciones que los ligan, las leyes que los rigen, la ciencia verdadera, que contempla el universo como la revelación externa de su artífice soberano, encuentra en la armonía y simplicidad de las fuerzas físicas el sello de esa unidad, que la fe descubre y adora en la esencia invisible e increada.

Las otras hermosas disciplinas que hacen asunto de sus estudios a la sociedad y al hombre, al derecho, a la historia, al arte, ven a menudo iluminados, con grata sorpresa, sus más oscuros problemas y los senderos más escabrosos por las luces de la ciencia sagrada.

Por manera que las dos grandes ciencias que abarcan y encierran todos los conocimientos que pueden ir a tomar asiento en los dominios de la inteligencia humana, la que especula acerca del Creador y la que especula acerca de las criaturas, van a darse el abrazo de hermanas a los pies del trono del Dios de las ciencias.



Sin dificultad podéis comprender, señores, que en el cuadro que he presentado a vuestra vista han de encontrar holgada colocación todas las asignaturas que le convenga establecer a la Universidad Católica.

Pero muchos de vosotros deseáis, por ventura, conocer la fisonomía especial de su enseñanza; y aunque no es posible entrar en muchos detalles, voy a trazaros algunos de los lineamientos generales que mejor la caracterizan.

Es el primero que la enseñanza de la Universidad Católica ha de ser eminentemente religiosa. Así debe ser, porque la suprema necesidad del niño desde que alborea en su espíritu la luz de la razón, es conocer al Dios que lo ha creado y redimido para asociarlo eternamente a su propia dicha; así debe ser, porque ninguna ciencia ofrece a una alma joven verdades más luminosas, más importantes, de una aplicación más general y más práctica que la ciencia de la religión; así debe ser, porque no hay para el hombre y para la sociedad ignorancia más deplorable y más funesta que la ignorancia religiosa.

Esta es, por desgracia, la plaga de nuestra época y de nuestro país. Una buena parte de los hombres que pasan por ilustrados no conocen el cristianismo y la Iglesia sino por la caricatura que han hecho de cosas tan grandes sus

³Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas. San Pablo, Epist. a los Romanos. Cap. I, v. 20.



peores enemigos. Fijaos bien, y veréis que, a pesar de sus pretensiones de instrucción general, no conocen siquiera al divino fundador de nuestra santísima religión, ni las altas verdades que ella proclama, ni la moral sublime que enseña, ni las hermosas instituciones que ha fundado, ni los inmensos beneficios que ha hecho. Ellos ignoran las pruebas luminosas en que descansa la divinidad de la Iglesia, así como la gloriosa historia de sus trabajos desinteresados y heroicos durante diecinueve siglos, por la difusión de las luces, por la libertad de los hombres, por la civilización del mundo. La ignorancia de la más noble y necesaria de las ciencias perturba y extravía fácilmente el criterio en los asuntos más trascendentales y prepara el camino a la lepra de la indiferencia religiosa y aún al odio maldito a Dios que se afana por desterrarlo de la enseñanza oficial, del hogar doméstico, del corazón del pueblo, y provoca esos conflictos dolorosos y estériles que agitan las conciencias y comprometen la pública tranquilidad.

La Universidad que va a fundarse tiene por especial misión el conjurar por su parte, en cuanto pueda, esa calamidad, que con los padres de familia lamenta el sacerdote. Cualquiera que sea la carrera a que aspiren sus futuros alumnos, y desde los primeros hasta los últimos cursos, serán adoctrinados con los fortificantes estudios religiosos, que los prepararán para las luchas de la vida, y les permitirán descubrir nuevos horizontes en el mismo aprendizaje de las ciencias profanas. La lumbre de la razón y la lumbre de la fe procedentes las dos del foco luminoso de la Divinidad, tomarán el asiento

que les corresponde en sus jóvenes inteligencias, para iluminar los senderos misteriosos que conducen al santuario de la verdad.

En segundo lugar, la enseñanza de la Universidad Católica tendrá por objeto no sólo almacenar en la mente de los alumnos conocimientos variados, en el debido orden, sino muy principalmente cultivar, fortificar y elevar a su más alta potencia sus facultades intelectuales pero gradualmente y tomando en cuenta sus fuerzas.

En esta gimnástica mental, el cuidado preferente de los maestros será cultivar la atención y formar el juicio de los jóvenes, a fin de que aprendan desde temprano a estudiar con provecho, y a pensar con recto criterio.

Con lo cual está dicho que no se cultivará la memoria ni la imaginación con menoscabo de otras facultades y funciones más vitales del espíritu.

Deseamos que, en cuanto sea posible, la enseñanza sea práctica, especialmente en el aprendizaje de las lenguas, sobre todo del idioma patrio: de modo que los estudiantes aprendan desde las primeras clases a hablar y a escribir con la debida corrección y propiedad.

En los diversos planes y ramos de estudio de la Universidad, no se sacrificará la solidez a la variedad de las nociones científicas y literarias; y el primer lugar quedará siempre reservado para lo necesario, el segundo lo ocupará lo útil y se destinará el postrero para lo que es sólo agradable.

Mas, ¿para qué clase de estudiantes, tendréis curiosidad de preguntar, está destinada la Universidad Católica?

Me apresuro a deciros que nuestra ardiente aspiración es ofrecer sólida y variada instrucción tanto a los que aspiran a las carreras profesionales, que necesitan para el expedito ejercicio de los diplomas oficiales, como a los que desean prepararse para ocupaciones y trabajos libres, o que sólo pretenden adquirir aquella cultura general que forma al hombre ilustrado.

Con el favor de Dios y el de los católicos generosos, esperamos ir plantificando poco a poco, y según la necesidad lo requiera, la enseñanza profesional, empezando por el curso de leyes. Pero tenemos la resolución de no omitir sacrificios con el objeto de abrir en el próximo año las primeras clases de los cursos que prepararán a los jóvenes para las profesiones libres. Los fundadores de la Universidad Católica creen que es urgente abrir nuevos horizontes a nuestra juventud y habilitarla para otras carreras, que no necesitan tanto gasto de tiempo y de trabajo: y que sobre todo no sean tan estériles en resultados positivos, como son para muchos jóvenes actualmente las del foro y de las matemáticas, por ejemplo. Excusadme que no me detenga a desarrollar esta importante idea, para dejar expedito el uso de la palabra a un orador que desde años atrás la viene propagando entusiastamente, y que sabrá presentarla luego a vuestra consideración con la elocuencia y galanura que le es familiar.⁴

Los estudios de humanidades, preparatorios para estas carreras libres, aprovecharán también a los jóvenes que no aspiran a ocupaciones lucrativas y que sólo desean adquirir la instrucción general, de que necesitan los que han de vivir en el seno de una sociedad culta.

De esta suerte, las familias que simpaticen con la Universidad Católica y se resuelvan a confiarle sus hijos, encontrarán en sus aulas la enseñanza que les convenga, cualesquiera que sean las miras que tengan sobre su porvenir.

Y los jóvenes estudiosos hallarán juntamente en la variedad de los cursos, en la perfección de los métodos, en la competencia y celo de los profesores de la Universidad, así como en sus academias, en sus actos literarios, en su escogida biblioteca, en sus gabinetes y museos científicos, abundantes recursos para cultivar su inteligencia y prepararse ya para estudios más detenidos y profundos, ya para las diferentes carreras, ocupaciones y cargos públicos, a que la Providencia los pueda tener destinados.

IV

He aquí, señores y señoras. lo que deseamos ardientemente que sea la Universidad Católica en cuanto a la cultura intelectual de sus alumnos.

Pero hay para los institutores cristianos un interés más alto que tomar en consideración, y es la educación moral de los jóvenes que se les confían, sin la cual no puede formarse bien el Corazón, la conciencia, el carácter, de que dependen principalmente su felicidad y porvenir.

Procuremos formar idea exacta de este grave asunto.

Cosa hermosa es sin duda la ciencia; pero, más bella es la virtud. Interesante es la figura del joven que a costa de asiduo trabajo ha logrado enriquecer su mente con provechosos y variados conocimientos. Empero, así aparece más simpático el mancebo, en cuya serena frente se refleja la pureza del alma, conservada o conquistada en lucha penosa y perseverante, contra los insidiosos enemigos de adentro y de fuera, que avezados a sorprender la inexperiencia y debilidad juvenil, no rinden parias sino después de cien y cien victorias, alcanzadas por los contrarios al precio de heroicas hazañas. Si la instrucción de la juventud es asunto de mucha importancia, su cultura moral viene a ser de necesidad imprescindible. ¿Quién ignora que la juventud ilustrada pero licenciosa se lanza locamente por la pendiente de los vicios al abismo de perdición, sin que de ordinario se la vea remontar la impetuosa y fatal corriente?

Perdidos quedan entonces los pobres jóvenes para sus familias y perdidos para la sociedad.

Sus extravíos tornan en amargura inconsolable para los padres las expectativas más risueñas y mejor fundadas; y los valiosos sacrificios que su ternura se impuso, a fin de asegurar la ventura de los hijos queridos, vienen a quedar convertidos en fuente perenne de lágrimas y dolores sin nombre.

Y ¡qué espectáculo en realidad más doloroso, señores, que el que ofrecen esos jóvenes favorecidos del cielo con brillantes dotes intelectuales, realizadas por variada instrucción, enaltecidas quizás por la eminencia social de sus familias, los cuales dejan descubrir en su físico la innoble marca de anticipada decrepitud, acusadora implacable de los estragos de las pasiones que han devorado su alma!

¡Ah! A esa juventud florida, tan interesante y tan simpática para la sociedad que la ve levantarse, y para la patria regocijada, que empieza a fundar en ella dulces esperanzas, después de pocos años se la divisa arrastrarse marchita, perdida irremediablemente la gentileza y lozanía juvenil, inútil para sí e inútil para los demás, o bien retraída para ocultar su

⁴El señor don Abdón Cifuentes. Presidente de la Unión Católica.

vergüenza, o bien olvidada de todo decoro lanzarse insolente a desafiar las miradas de las gentes honradas, haciendo gala y aún abriendo escuela de libertinaje.

Permitidme agregar que la estadística criminal tiene consignado en sus archivos un triste secreto, que compromete el honor de la instrucción científica, y es que ella pone en manos de los enemigos de la sociedad armas peligrosas para atentar contra ella.

Espero que no tendréis a mal que, al tratar esta delicada materia, haga caso omiso de los estragos que suele hacer la instrucción, desde los primeros años, cuando no ha sido informada por la más noble y benéfica de las ciencias: porque realmente falta el valor para ofrecer a vuestra vista el cuadro repugnante del adolescente que blasfema del Dios a quien debe el alma y cuanto tiene, y que se burla de la religión de su madre.

V

Estas rápidas observaciones os dejarán comprender con qué dolor contemplan los pastores de las almas la implantación en nuestro país de ese sistema de educación en que se prescinde de la cultura moral de la juventud, limitándose a ofrecer a su espíritu la mera instrucción, y de preferencia la instrucción sin Dios.

Este sistema tan en boga en ciertas escuelas, juzgado a priori, acusa un desconocimiento lamentable de la excelsa naturaleza del compuesto humano y de sus intereses primordiales.

La educación, en efecto, es el arte nobilísimo de cultivar, desarrollar y elevar a su integridad y plenitud todas las facultades y fuerzas así intelectuales, como morales, religiosas y físicas del niño y del joven, para que merezca más tarde llamarse hombre. Educar es entonces formar hombres.

Mas, el hombre no es sólo ser inteligente, sino al mismo tiempo un ser moral sujeto a numerosas obligaciones, con voluntad propia adornada del altísimo don de la libertad, que lo hace capaz de elegir entre el bien y el mal y responsable en consecuencia de sus actos, en conformidad a la ley moral que su Creador le ha impuesto, para conducirlo a sus altos destinos en el tiempo y en la eternidad. Es necesaria, de toda necesidad, por eso la cultura de la voluntad.

Hay, en germen, en el alma del niño hermosos y delicados sentimientos, que necesitan de cultivo más inteligente y esmerado que el que pueda emplear destrísimo jardinero en aclimatar y desarrollar plantas peregrinas en tierra ingrata. Desgraciadamente brotan de por sí también en los corazones tiernos las desordenadas inclinaciones de una naturaleza viciada y enferma, las que germinan con exuberante lozanía,

al calor de los ejemplos y consejos malsanos, sí la mano vigorosa de los padres y de los institutores no arranca a tiempo las perniciosas malezas.

No basta, no, cultivar la inteligencia, que por sí sola es impotente, sobre todo, cuando aún no ha alcanzado notable predominio la voz de la razón, lo mismo que en la edad en que hierven en el pecho las pasiones, para domar un corazón soberbio y egoísta, rebelde por lo tanto a la ley de la obediencia, del respeto, del trabajo y del sacrificio, que es la que enaltece al hombre. Si no se les educa debidamente desde edad temprana la voluntad, los jóvenes nunca aprenderán esa ardua ciencia del vencimiento de sí mismos, ni llegarán a adquirir los buenos hábitos que constituyen la verdadera virtud, necesidad suprema y ornamento el más bello de la juventud y de la humana sociedad.

"¡Desgraciada la nación, exclamaba Lacordaire desde una ilustre cátedra, desgraciada la nación que no sabe educar a sus hijos! Sin educación no hay civilización; es decir, el hombre es naturalmente bárbaro, y la bondad sólo se desarrolla en él por una cultura profunda, cuyo arte exige una santa ternura, en una virtud varonil. ¡Desgraciada la nación que confunde la enseñanza con la educación, que cree que el bien brota de la ciencia y de la literatura, cualesquiera que ellas sean, y que el saber coordinar una frase es preparar el alma del hombre y del ciudadano!"

Otro célebre publicista francés de una escuela diferente, pero de autoridad irrecusable en la materia, Víctor Cousin, decía ante la Academia de Ciencias morales: "La instrucción no es más que un poder demás, añadido a tantos otros... y aún más, el aumento de instrucción no trae en manera alguna un aumento de moralidad. Por consiguiente, es necesario convertir la instrucción en educación. No es la instrucción lo que moraliza; es la educación; cosa muy diferente; y sobre todo la educación religiosa".

VI

Este es el lenguaje del buen sentido. La religión es, en efecto, el auxiliar más poderoso de la educación y la mejor disciplina de la voluntad humana.

En la divina estructura de nuestra alma todas las facultades y tendencias que le son inherentes están destinadas a desarrollarse armoniosamente y a prestarse mutuo apoyo y vigor.

Es lo que sucede con la religiosidad, nobilísima potencia y característica del Rey de la creación, tan esencial a su privilegiado espíritu como lo es la razón a su entendimiento y el libre albedrío a su voluntad.

El alma humana que, según la profunda observación de Tertuliano, es naturalmente cristiana, tiene necesidad imprescindible de adorar, de amar y de temer a un Ser Supremo; tendencia irresistible, que si no se cuida de satisfacer convenientemente, dirigiéndola a su objeto legítimo, al Dios del Evangelio, arrastra al entendimiento y al corazón a deplorables extravíos, como lo comprueba la historia de las aberraciones del espíritu humano.

El cristianismo, junto con afirmar y ensanchar los dominios de la inteligencia, con la luz que irradia la fe sobre las verdades morales que están a su alcance, la ilumina y fortifica con los resplandores de las verdades pertenecientes al orden sobrenatural, las que elevan al hombre a la comprensión de la excelencia de su origen, naturaleza y destino, de sus altos deberes y derechos, de los sagrados lazos que lo ligan con la familia, con la patria, con Dios, y en su continua meditación van levantando suavemente las almas jóvenes el misterioso santuario de la conciencia y fortificando de día en día el delicado sentimiento de la responsabilidad moral, de que dependerá su porvenir.

Sujeta, por su nativa inclinación, la voluntad a la benéfica influencia de las fuertes convicciones que sabe formar la educación religiosa, se dirige espontáneamente al bien y cobra horror al mal, sometiendo a regla inflexible sus deseos y sus obras, en conformidad al hermoso y seguro criterio del cristianismo, que aleja a los jóvenes de los escollos en que naufragan los espíritus que son arrastrados por todo viento de doctrina. (Efes. IV, 14).

Pero no contenta con eso, la religión desciende amorosamente al retrete más interior del alma, para purificar con su aliento divino y dirigir al más excelso ideal las grandes pasiones que de ordinario la agitan y deciden de la vida del joven.

Ella se afana por inspirar desde temprano a su sensible corazón una tierna simpatía por la Bondad Suprema, por la única Belleza perfecta, por el amabilísimo y eterno amador de los mortales, en cuyo seno se depuran y divinizan todos los demás afectos del corazón, y encuentra el joven, con las inefables delicias de esta nueva vida, amplísima compensación de los sacrificios que puede imponerle el grande y adorable precepto del amor de Dios sobre todas las cosas, así como aquel aliento sublime para la práctica de las más hermosas virtudes, que resplandece en esos acabados modelos de perfección moral, objeto de nuestra religiosa admiración, que sólo ha sabido producir el cristianismo.

Infunde al mismo tiempo la santa religión en el impresionable adolescente el sentimiento del temor, no de los hombres, sino de la Divinidad, de cuya sombra protectora lo rodea

a todas horas, enseñándole a contemplarla presente en todas partes, escudriñando hasta los deseos más secretos del corazón. Y a fin de fortalecerlo para la triste hora de la tentación, preséntale otras veces la augusta imagen de la Justicia eterna, con la fiel balanza, en la que pesará a su tiempo la vida de todos los mortales, para decretar, según ella haya sido, su final e ineludible destino.

Elevados a la categoría de sublimes virtudes los dos sentimientos más potentes del corazón humano, la religión coloca a su entrada al amor y al temor santo, cual celosos custodios de la pureza del alma, que es su bien supremo, para cerrar el paso a las peligrosas seducciones que asedian sin cesar a la edad juvenil.

Dales como auxiliar poderoso, intérprete fiel de sus santas alarmas y mensajera cariñosa ante el trono del Altísimo, a la dulce piedad, que mueve al joven a ofrecerle diariamente, en variadas formas, el perfume de sus más nobles afectos y a desahogar su pecho, ora afligido, ora alborozado, en el amoroso seno de su Padre y de su Salvador, en los celestiales ejercicios de la oración, llamada con tanta propiedad vivificante respiración del alma inmortal, y que toma a ella, desde los cielos, convertida unas veces, en luz hermosa que disipa las tinieblas de la inteligencia, y otras, en fuerza, en medicina, en refrigerio para el corazón necesitado.

Pero, este elemento divino y fecundísimo de la gracia de Dios del que necesita absolutamente para el bien en su actual postración la voluntad humana, y que ha hecho un papel tan capital en la vida moral de los hombres regenerados por la virtud del Evangelio, lo aprovecha con especial solicitud la educación cristiana, conduciendo a la juventud, con la debida prudencia, a la sagrada fuente de los sacramentos, en donde beben regocijados los cristianos las aguas vivas que amorosísimamente preparó el Salvador para remedio de sus diversos males.

¿Qué cosa más natural entonces que, cuando a pesar de sus maternales desvelos, ve la religión aquejados a sus tiernos hijos de las enfermedades que contaminan y postran el alma, los lleve presurosa a la saludable piscina en que se purifica, se renueva y recobra, con el arrepentimiento y el perdón de sus faltas, la paz, la hermosura y el vigor que habla perdido?

Con mayor júbilo les franquea la entrada al místico banquete, en que el alma se alimenta con el pan de los ángeles y recibe el joven el abrazo amoroso con que estrecha su Corazón al suyo santísimo el dulce Jesús, que es camino, verdad y vida para todos los que peregrinamos hacia la patria.

Con inteligente, abnegado y cariñoso celo, y aprovechando

los fecundos recursos que la religión encierra, el educador cristiano levanta continuamente el pensamiento de los jóvenes hacia las superiores esferas, ofrece a menudo a su fantasía imágenes puras y risueñas, interesa su sensibilidad en la imitación de las nobles acciones, aleja los objetos que mancillar pudieran el candor del alma, estudia sus inclinaciones y gana su corazón para corregir sus defectos, aliéntalos cuando los ve vacilantes en los senderos del bien, y tiéndeles amigablemente la mano si llegan a caer.

De estas y otras diversas maneras informa la religión con su poderosa virtud las facultades del alma y viene a ser en la grande y ardua obra de la educación un auxiliar tan eficaz como necesario e irremplazable.

Supongamos que se quiera educar a los jóvenes sin Dios. ¿Cómo, preguntaremos, se formaría su corazón para la virtud? Sin hacer vibrar los grandes resortes del amor y del temor de Dios, privados del respeto a su continua presencia, del freno de su justicia, del estímulo de sus recompensas, sin los alicientes de la piedad, el socorro de la oración, la influencia de los sacramentos, sin las luces y las consolaciones de la fe religiosa; ¿de qué suerte podrían los jóvenes, en la edad de la inexperiencia: y de la inconstancia, echar los cimientos de una moralidad tan sólida que bastara a resistir el embate de las pasiones que los agitan, tan fuerte que les permita afrontar después sin peligro las tentaciones de la vida del mundo? ¿De qué medios echaría mano el educador que prescindiera de Dios, para arraigar en los pechos juveniles el sentimiento de la justicia, sin el cual la probidad pública y privada es ilusoria, y el de la caridad, que inspira la abnegación personal, el generoso desprendimiento y la benevolencia mutua? Y sin hablar de otras cosas ¿en qué taller sería dado formar los levantados caracteres, que sólo conocen la pasión de las nobles acciones, esos espíritus de fino temple, que, superiores a las miserias de esta tierra, no inclinan su frente sino ante Dios y la ley?

VII

Perdonadme, señores y señoras, si encontráis prolijo el desenvolvimiento de estas ideas. Me parecía conveniente explicar con claridad lo que pensamos sobre este grave asunto, para que pudierais formar idea más cabal del sistema que aspiramos a plantear en la Universidad Católica. En ella deseamos que se formen verdaderos hombres, hombres completos y perfectos, es decir, no sólo hombres ilustrados, sino también hombres morales y hombres cristianos.

Tomando en cuenta la corriente que empuja a la sociedad moderna hacia el positivismo materialista, fruto del

racionalismo y de la incredulidad, y el peligro de que están amenazados los principios tutelares de la familia y del orden social, parécenos que los espíritus serios deben dirigir de preferencia sus esfuerzos a salvarlos del inminente y funesto naufragio, por medio de la educación moral y religiosa de la generación que se levanta, y muy especialmente de la juventud que, por su ilustración y condiciones sociales, está llamada a influir de un modo más directo en los destinos de la patria.

Si no se generaliza esta educación viril en nuestro país, no hay esperanza de que tenga gran número de ciudadanos virtuosos y patriotas, ni rectos magistrados, ni servidores honorables, ni hombres de estado juiciosos, íntegros y abnegados.

Pero ¡ay! muchos de vosotros habéis oído repetir que la educación moral y religiosa está pasada de moda, y que basta la cultura de la inteligencia para formar la juventud del siglo XIX.

¡Como si la naturaleza y necesidades del hombre y de la sociedad se mudaran al compás de los caprichos de la moda! Permitidme deciros que esa teoría, prohijada por la impiedad de los revolucionarios franceses del pasado siglo, y que se pretende rehabilitar en el nuestro, fue ensayada en los tiempos del antiguo paganismo y mereció la reprobación de sus más ilustres filósofos.

El sabio Platón decía con profunda convicción a la culta Grecia: "Toda especie de ciencia separada de la justicia y de la virtud, no es más que una aptitud para hacer el mal, y no verdadera sabiduría". Penetrado de la misma verdad, el moralista Séneca deploraba que los Romanos la echaran en olvido. "Enfermos estamos, decía, de la intemperancia de las letras; nosotros estudiamos, no para arreglar nuestra vida, sino para figurar en las escuelas".

El cristianismo reaccionó enérgica y victoriosamente contra las tendencias paganas. En su sabio ideal de educación, tenía que ocupar necesariamente un lugar preeminente la más esmerada cultura de la voluntad o más bien la santificación de todo el ser racional, como condición obligada para ponerlo en aptitud de alcanzar el doble e inseparable destino con que fue criado, la felicidad relativa en la vida presente y la felicidad perfecta en la vida futura.

En esa escuela se han formado durante diecinueve siglos generaciones enteras de grandes ciudadanos y de grandes cristianos, entre los que han descollado los príncipes ilustres, los afamados guerreros, los estadistas insignes, los sabios eminentes, los célebres artistas y hombres de letras.

Aun para el mismo cultivo de la inteligencia, lejos de repudiar

el elemento religioso, como algunas gentes superficiales lo proponen, los institutores cristianos tienen que admitirlo como cooperador igualmente provechoso que irremplazable, fundados para ello, no sólo en la elocuente experiencia de los siglos, sino en las luminosas y explícitas instrucciones que se ha dignado dar a los mortales el mismo Dios, para que acertaran en el único camino que lleva al santuario de la sabiduría.

Enséñannos en efecto los libros santos que *Toda sabiduría es del Señor Dios* (Eclesiat. I, 1), y que *la fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios* (Ibid. 5), que *es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (San Juan, Ev. I. 9). Alcánzanla los que se acercan a Dios; *porque el amor de Dios es sabiduría gloriosa y el temor del Señor es el principio y la raíz de la sabiduría, su plenitud y su corona* (Eclesiástico I). La oración fervorosa es medio infalible de obtenerla; pues, nos dice el Apóstol Santiago: *si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, que la da a todos copiosamente y no zahiere y le será concedida; pero pídale con fe sin dudar nada* (Ep. I, 5 y 6). Cíérrese al contrario al corazón impuro el tabernáculo de la sabiduría, por cuanto está escrito que *no entrará en el alma maligna, ni morará en cuerpo sometida a pecado* (Sabid. I, 4). Los grandes hombres que han brillado en el firmamento del cristianismo, por el esplendor de la santidad y por la eminencia del saber a un mismo tiempo, hablan altamente en favor de esta divina pedagogía.

VIII

Para que acabéis, señores y señoras, de conocer la genuina estructura de la Universidad Católica necesito declararos que ella no va a fundarse para eliminar la acción de los padres de familia en la educación de sus hijos.

Del cielo han recibido ellos directamente esa misión; y es su deber, su interés y su gloria corresponder del mejor modo posible a los designios del Creador quien, al asociarlos a los honores y a los derechos de la divina paternidad junto con depositar en sus manos tan valioso tesoro, quiso ofrecer a su ternura la inefable dicha de completar su hermosa obra, a fin de que con el laborioso y santo trabajo de educación esmerada el hijo pueda alcanzar el desarrollo intelectual, moral y físico, que constituye la perfección y reclama la nobleza de la criatura racional.

Los directores y maestros de la Universidad Católica trabajarán cariñosa y abnegadamente en la grande obra de la educación de los jóvenes que se les confíen; pero, sólo en calidad de cooperadores y auxiliares de sus padres, con los cuales conviene, por punto general, que mantengan

los hijos esas estrechas y dulces relaciones que, al mismo tiempo, facilitan el provechoso ejercicio de la patria potestad, purifican el hogar y alimentan la vida de familia, tan preciosa para todos los miembros de ella.

Con esto comprenderéis que nuestra Universidad no se propone fundar internados para sus alumnos. Cuando no están muy bien organizados, esos establecimientos tienen entre otros inconvenientes, el de debilitar los lazos de familia, con daño suyo y de la sociedad.

¿No habéis observado también que ellos suelen servir de tentación a la incuria de algunos padres, que pudiendo dirigir o vigilar de cerca la educación de sus hijos, créense exonerados de toda responsabilidad, con endosar ligeramente sus deberes con sus derechos a favor de los directores de un colegio, para no volver a preocuparse del alma que el cielo confió a su solicitud y ternura?

La buena dirección de un colegio de internos es asimismo obra muy ardua, que demanda consagración absoluta, vigilancia abnegada y continua, que están reservadas para los robustos hombros de los celosos sacerdotes que tienen a su cargo los florecientes internados católicos de esta capital, en los cuales encontrarán colocación conveniente los jóvenes que no puedan educarse como alumnos externos en otros colegios.

La Universidad Católica tiene, sin embargo, a este respecto dos proyectos.

El primero tiene por objeto proporcionar a sus alumnos, en cuanto las circunstancias lo vayan permitiendo, la comodidad y holgura convenientes, para que puedan permanecer en el recinto de los diversos edificios universitarios todo el tiempo en que no estén en sus casas; de suerte que encuentren en ellos un segundo hogar, tranquilo, cariñoso, alegre y puro, en donde con la variedad de honestos entretenimientos, de actos literarios y de fiestas religiosas, como asimismo con la amena sociedad de condiscípulos y maestros, se tornen amenas y proficuas la vida y las tareas escolares.

Damos en segundo lugar especial importancia al fomento de la moderna y hermosa institución de los pensionados universitarios, destinados a proteger la fe y las buenas costumbres de los estudiantes católicos, particularmente de los que vienen de fuera, que sigan cursos superiores, y no cuenten en Santiago con un hogar cristiano acomodado a sus circunstancias.

Estos pensionados, sin tener la organización y disciplina de los internados para humanistas, estarían bajo la alta protección y vigilancia de los superiores de la Universidad, los cuales, asegurando ante todo convenientemente los



intereses morales de los jóvenes, tomarían en cuenta, con prudente indulgencia, para dirigirlos, las exigencias de su edad y posición.

Estos vivirían y trabajarían en un hogar común, pero con las franquicias y desahogos que conviene a los que hacen el difícil aprendizaje de la vida y que tienen juntamente que prepararse para las nobles luchas por la verdad y el bien, tan simpáticas para el ardor juvenil, y que tanto enaltecen a los ciudadanos de un país libre.

IX

Aquí tengo que detenerme, señores. Me detengo para tomar en cuenta las reclamaciones que salen de otro campo. ¿Con qué títulos, dicen los que no aprueban nuestro intento, con qué derecho se avanza la Iglesia a mezclarse en asuntos que no son de su incumbencia? ¿Quién la ha comisionado para fundar obra tan trascendental como es una Universidad? Y ¿qué tiene que ver ella con el cultivo de las ciencias, que ha mirado de ordinario con indiferencia, otras veces con desdén, a menudo con recelosa desconfianza y hasta cual si fueran adversarios temibles de sus temibles dogmas? Séanos permitido preguntar a nuestra vez: ¿de qué poderes necesita estar investido el que contemplando los estragos

de caudaloso río, se lanza intrépido a salvar al viajero que, arrebatado por sus impetuosas ondas, estaba a punto de quedar sepultado en su seno? Y ¿qué derecho tiene que invocar el hombre compasivo que abre cariñoso las puertas de su casa para ofrecer generosamente pan al hambriento, abrigo al desnudo, medicina al enfermo?

Violenta, harto violenta es, señores, la corriente de errores y de vicios que arrastra a muchos jóvenes a la perdición, en nuestro actual estado social; y no merecen censura sino aliento los que se presentan a salvarlos. Y no son pocos, sino muchos los que necesitan y piden para sus almas el pan fortificante de la verdad, el dulce abrigo de la virtud, la saludable medicina de la educación religiosa.

Para hacer bien a nuestros semejantes, todos hemos recibido nobles títulos y derecho incuestionable de boca del Señor Altísimo, que nos ha impuesto el santo deber de amarlos como a nosotros mismos.

Pero ¿para qué hablar de derechos cuando se trata de la santa Iglesia? ¿No es ella madre, madre por excelencia, la madre de las almas? Sobre el corazón de las madres pesa algo más que el más incuestionable de los derechos; porque pesa la apremiante e irresistible exigencia, con la rigurosa y dulcísima obligación, de mirar con solícita ternura por el bien de los hijos y aún de sacrificarse por salvar su vida. Y ¿acaso no está comprometiendo la educación sin Dios los más caros intereses y la misma vida de los hijos de la santa Iglesia? ¿No están en inminente peligro de perderse las almas preciosas de nuestros jóvenes? ¿Cómo puede contemplar con indiferencia su madre espiritual tan lamentable desgracia? Bien sabéis los que me estáis escuchando que el fundamento y principio generador de la vida sobrenatural, que es la verdadera vida del cristiano, es la fe divina, que se infunde en el alma con el Sacramento de nuestra regeneración espiritual, la fe sincera y firme en las supremas verdades con que Dios se ha dignado alumbrar las mentes de los hombres, para que puedan conocerlo, amarlo y servirlo ahora, para gozarlo después.

A fin de que no pudieran olvidarse nunca ni padecer alteración alguna esas santas verdades, que han civilizado a las naciones informadas con la savia divina del Evangelio y de que necesitan absolutamente los mortales para alcanzar su final y dichoso destino, las confió el cielo al infalible magisterio, a la solícita custodia y al inteligente celo de la Iglesia, la cual durante diecinueve siglos las ha difundido por el universo mundo y vindicado gloriosamente de los incesantes y arteros ataques así de la herejía como de la incredulidad.

Con esta divina leche alimenta la madre Iglesia a sus hijos desde que sus almas están en aptitud de recibirla, y con ella los sigue robusteciendo hasta que llegan a la plenitud de la inteligencia; de modo que fortificados con el detenido estudio de las hermosas, puras y vivificantes verdades del dogma cristiano, de día en día se afianzan en la fe y atraviesan sin peligro la época borrascosa del aprendizaje literario y científico.

Pero, sí el divino tesoro de la fe se conserva intacto en los pechos juveniles por medio de la esmerada educación religiosa, queda tristemente comprometido en la educación en que se prescinde de Dios, la cual lleva a la ignorancia y a la indiferencia religiosa y con ella a la pérdida del alma para siempre.

¡Ah! Bien lo sabéis vosotros, padres y madres de familia, que tantas veces habéis levantado vuestros ojos suplicantes a la Iglesia, conjurándola con lágrimas, para que salvara a vuestros amados hijos de esa enseñanza pestilencial. Píos y creyentes, soléis decirnos, los condujimos al colegio; y ahora alardean de impiedad. Virtuosos y puros los entregamos, agregáis también, y ahora despedazan nuestro corazón con su libertinaje.

Y ¿qué cumplía hacer a los Pastores de nuestra Iglesia?

Cuenta bien estrecha tienen que dar a Dios, así del sagrado depósito de esa fe, que ha salvado al mundo y es el más sólido fundamento de la grandeza de Chile, como del depósito de las almas inmortales, cuya salud ha puesto en sus manos.

Perfectísimo derecho asiste sin duda a nuestros Pastores, para pedir que la instrucción oficial, que se costea casi en su totalidad con los dineros de los Católicos, fuera destinada principalmente para ellos y que estuviese basada en las enseñanzas de la religión católica; desde que nuestra Carta fundamental la reconoce como la religión del Estado y ordena al Jefe Supremo que se comprometa a profesarla y protegerla con solemnísimos juramento.

Pero ¿quién ignora que el liberalismo aspira precisamente a desterrar del todo a la religión de la enseñanza pública y que la entrega sin escrúpulo a los enemigos de aquella? ¿Quién no ve también que si es desconsolador y triste lo presente, se divisa más pavoroso lo porvenir?

Decidme ¿qué será de nuestro país cuando esté cubierto de establecimientos escolares en que no se conozca ni adore al Creador y Redentor del mundo? ¿Cuándo los depositarios del poder público hayan perdido las nociones de la justicia cristiana y lo empleen de preferencia en hostilizar a los Católicos, que son la inmensa mayoría de la nación? ¿Qué será de este

hermoso Chile, en la época en que ni los ciudadanos crean en otra moral que en la moral del interés, ni quede para las masas populares más freno que el de la fuerza bruta? ¿Qué suerte correrá en los tiempos, que se van preparando, en que la marca de la inmoralidad privada la haga subir a las altas capas sociales y descender a las inferiores, y convertida en pública corrupción, apoderándose, como asquerosa lepra, del cuerpo social, llegue a corroerle el corazón?

Antes de que tal suceda, el Pastor de esta diócesis, aterrado, ha debido alzar su voz para invitarnos a que le ayudemos a conjurar desgracia tanta, con la fundación de una Universidad Católica, tan recomendada por el Supremo Jefe de la Iglesia, como elemento de regeneración, para las sociedades enfermas de materialismo e incredulidad.

Y nuestro Pastor ha alzado su voz muy a tiempo. Y todos los que llevamos sangre de cristianos y de chilenos en nuestras venas, tenemos que levantarnos para ponernos a sus órdenes, cerrando los ojos ante los sacrificios de todo género que demanda tan magna empresa.

X

En nombre de los intereses religiosos, que son los primeros de los intereses sociales, ha podido, pues, presentarse la Iglesia a zanjar los cimientos del noble edificio de nuestra Universidad.

Mas no es este el único título que abona su derecho. Ella puede invocar también el interés de la ilustración general y el de la ciencia.

Chile es un país en que hay todavía bastante que hacer por la cumplida ilustración de sus hijos. La población se desarrolla, y crece en las familias y en la juventud la aspiración al saber. La Universidad que va a fundarse será un factor más, y esperamos que no será insignificante, para promover la cultura intelectual de nuestros compatriotas.

Deseamos que ella sea para la juventud fuente copiosa de aguas puras, en que pueda saciar la sed de verdad que acosa a los espíritus nobles. Ojalá llegue a ser con el tiempo poderoso foco de luz, que disipe las tinieblas que tengan ofuscada la mente de los que se le aproximen. Y daremos por muy bien empleados nuestros trabajos, sí el cielo los bendice para que la Universidad Católica pueda contribuir eficazmente al acrecentamiento del capital intelectual, de que necesita nuestra patria, tanto para figurar con honor entre las naciones cultas como para que le sea dado llegar pronto a la meta de sus altos destinos.

XI

Poderosamente contribuye a facilitar el fomento y cultivo de las letras y las ciencias el recto ejercicio de la libertad de enseñanza, que nuestra Constitución política asegura a todos los chilenos. Y al amparo de esa hermosa libertad, podría acogerse la Iglesia para legitimar su intervención en la grande obra que tenemos entre manos. Los que vamos a tomar parte en ella estamos íntimamente convencidos que una Universidad libre hará un gran bien a la enseñanza en Chile, y aún a la enseñanza oficial.

"Los estudios tienen necesidad de emulación, decía el ilustrado miembro del consejo de instrucción pública de Francia, Saint-Marc-Girardin. Esto es tan verdadero con relación a los alumnos, como con relación a los colegios. Siempre es necesario que haya una competencia, una rivalidad que despierten el celo y estimulen los esfuerzos. Conveniente es colocar al lado de los colegios nacionales la libertad de la enseñanza y de los colegios particulares, con el objeto de mantener la competencia y la emulación. Nadie tema a la libertad de enseñanza: ella es útil al progreso de los estudios... Haya pues, libertad en adelante para todos los métodos y para todas las invenciones".

Thiers, el hábil defensor del monopolio de la Universidad de Francia, se vio obligado a hacer en 1844 ante la Cámara de Diputados esta confesión: "La libertad de enseñanza es necesaria, no sólo por el interés de ella misma, sino con el fin de crear establecimientos particulares independientes del Estado, haciendo nacer así una competencia que excite la emulación de la Universidad, la impida dormirse en la rutina y la tenga siempre vigilante en el camino de la perfección". El duque de Broglie decía el mismo año en la Cámara de los Pares: "Es conveniente que se funden y multipliquen los establecimientos particulares. Su existencia, su número, sus esfuerzos, importan un progreso para la instrucción general, y la emulación que se despierta entre ellos y los establecimientos públicos, cuando es ardiente y verdadera, redundan en provecho de las ciencias... Los establecimientos particulares son, pues, necesarios, y en un país libre es preciso que esos establecimientos sean libres. Que acabe la tutela obligatoria; a un lado las autoridades discrecionales e irrevocables; que los jóvenes educados en colegios particulares no tengan ya necesidad de asistir a los cursos del Estado. Estas son cosas cuyo tiempo ya pasó".

Al llegar a este punto, imagínome que no pocos de vosotros desearíais observarnos que la libertad de enseñanza, que el artículo 12 de nuestra Constitución política asegura a todas las habitantes de la República, hasta el presente sólo está

de adorno en el primero de nuestros códigos; porque de hecho tal libertad es todavía letra muerta, con la cual no debemos contar.

Confieso, señores, que la observación es justa y que la hermosa promesa de la Constitución está por cumplirse. Porque la libertad de enseñanza consiste en el derecho de enseñar y en el derecho correlativo de aprender, sin coacción directa ni indirecta; y el Estado docente ejerce verdadera coacción sobre los colegios libres, con los privilegios y ventajas pecuniarias que concede a los fiscales, pero, sobre todo, con el monopolio de los exámenes y grados literarios, que sujetan a los alumnos de aquellos a la autoridad irresponsable y al fallo sin apelación de los jueces que nombra la Universidad. La noble emulación, que despierta el entusiasmo, sólo puede existir entre rivales que son iguales. Mas, el monopolio de la enseñanza entre nosotros sacrifica lastimosamente a un tiempo sus verdaderos intereses y la igualdad ante la ley, que el citado artículo de la Constitución consagra como la primera base del derecho público de Chile.

Pero, yo me he preguntado: ¿nuestro noble país estará condenado para siempre a seguir servilmente los detestables ejemplos de los gobiernos autoritarios en materia de enseñanza? ¿No habrá esperanza de que llegue a consultar alguna vez los intereses de ésta y prefiera imitar a naciones tan adelantadas como la Bélgica y los Estados Unidos de la América del Norte? Y ¿por qué ha de ser perpetuamente letra muerta la hermosa garantía constitucional? Para admitir esa odiosa suposición, sería necesario convenir desde ahora en que el espíritu de justicia no tendrá jamás acceso en los consejos de los gobernantes de nuestro país: hipótesis absurda, que no dudo rechazaréis perentoriamente con nosotros.

Esperamos, al contrario, que nuestra Universidad será la mansión tranquila del estudio, a la cual no tendrán acceso las pasiones políticas, en donde serán cariñosamente recibidos todos los jóvenes católicos que desean sinceramente instruirse, y que con asidua e inteligente labor logrará acreditar la bondad de sus estudios y merecer la confianza de la sociedad y de sus directores. ¿Y qué razón podrían tener entonces para desconocer el valor legal de los grados que ella va a conferir a los alumnos de aprovechamiento bien comprobado?

Los pueblos que mejor han comprendido la libertad de enseñanza, han aceptado como consecuencia necesaria y corona legítima de ella el derecho de las universidades libres para conceder grados literarios y expedir diplomas o certificados de estudios y capacidad; porque han juzgado con mucha razón que sin ese derecho la libertad de enseñanza

venía a ser en realidad de verdad ilusoria, por faltarle la principal garantía que necesita para ser efectiva. Como sería sólo nominal la libertad electoral, si se dejara ejercer libremente a los ciudadanos el derecho de sufragio, pero en el escrutinio se falseara el resultado de los votos.

XII

Otro importantísimo servicio está llamada a prestar la Universidad Católica a las letras y a las ciencias en Chile, y es el de preservarlas de los deplorables extravíos a que las expone su alejamiento de la religión.

La ciencia ensoberbece, dice el Apóstol (I Ep. Cor. VIII, I), y la experiencia enseña que no hay peor consejero que el orgullo para la inteligencia y para el corazón.

Supongamos que esté consumado en la Universidad del Estado su divorcio de Dios, a que de años atrás la viene preparando el liberalismo; preguntémoslos, ¿cuáles serían las enseñanzas con que adoctrinarían sus profesores a la juventud de Chile? Ellos afirmarían que la razón humana se basta a sí misma, y que ni las letras ni las ciencias tienen nada que ver con Dios, con el cristianismo y con la Iglesia. Pero ¡ah! La razón de esos pretenciosos maestros no sería más poderosa ni más prudente en sus investigaciones que la de los grandes filósofos de las antiguas escuelas paganas. ¿Y quién ignora que en Grecia y en Roma se eclipsaron hasta los astros de primera magnitud?

Tendríamos entronizada entonces esa triste filosofía que predica el materialismo y el ateísmo, cuyas doctrinas nuevas, que se creen destinadas a regenerar el mundo, matan y no regeneran, como decía Cousin. Y podría llegar un tiempo en que la primera corporación científica de la República dijera en representación del Estado con Augusto Comte, el fundador de la escuela positivista: "En nombre del pasado y del porvenir, declaro excluidos de la dirección de los negocios, como retrógrados y perturbadores, a todos aquellos que creen en Dios, católicos, protestantes y deístas".

Las escuelas sin Dios, en otros países, están justificando plenamente estos temores, con la renovación o promulgación de sistemas absurdos, que llevan a la negación del orden moral, de la espiritualidad, libertad e inmortalidad del alma y que en su insipiente no han descubierto origen más noble para el rey de la creación que el de los estúpidos brutos destinados a servirle.

¡Cuán doctamente dijo S. Pablo que la sabiduría de este mundo era estulticia delante de Dios! (I. Ep. Cor. III, 19).

¡Libre Dios a Chile de la sabiduría de esos sabios!

Vamos a procurar que nuestra Universidad sea instrumento

de su misericordia. Deseamos que ella fomente todos los buenos estudios, pero ennoblecidos y vivificados por la más alta de las ciencias, la ciencia de Dios, que a todas las armoniza, las ilumina y engrandece. Aspiramos a justificar la sentencia del Canciller Bacon, que llamaba a la religión "el aroma que impide que se corrompa la ciencia".

XIII

Pero, los sabios de este mundo sostienen que la Iglesia es enemiga de las ciencias, que no es sincero el cariño que les muestra, y mucho menos, que sea apta para promover su cultivo.

Esta es la palabra de orden de la impiedad moderna. Pero, no pensaba así en tiempo del emperador Juliano, quien, aleccionado por la experiencia de los perseguidores del cristianismo que le habían precedido, juzgó, y con razón, que nada más eficaz podía hacer para destruirlo, que prohibir a los cristianos que asistiesen a las escuelas públicas y que cultivasen las ciencias.

Y ¿qué le contestaron los cristianos? San Gregorio Nacianceno, el gran teólogo de la iglesia de Oriente, a nombre de todos, lanzó al rostro del apóstata estas palabras: "Sí; yo abandono gustoso a quien los quiera la fortuna, el esplendor de las dignidades, el poder, la gloria y todas esas nonadas de la vanidad de los hombres, livianas como sus sueños: pero, las ciencias, las letras, jamás. Ellas son nuestro dominio, del cual no se logrará arrancarnos nunca".

En el elogio fúnebre de su amigo San Basilio, revelaba el ilustre doctor el sentimiento dominante desde entonces en la Iglesia, en estos expresivos términos: "Juzgo que todo hombre de juicio sano convendrá que la ciencia debe mirarse como el primero de los bienes terrenos; y no hablo solamente de en ciencia que hay en nosotros, y que, despreciando todo adorno externo, se dedica exclusivamente a la obra de la salvación y a la belleza de las ideas intelectuales, sino también de esa otra ciencia que viene de fuera, y que algunos cristianos equivocados desechan como falsa y capaz de desviar el espíritu de la contemplación de Dios".

¿Y sabéis, señores, por qué los santos no temían las ciencias? Porque en su mismo estudio encontraban siempre a la suprema Sabiduría y a la increada Belleza que amaba su alma. Purificados de las desordenadas inclinaciones que preocupan el espíritu y suelen detener el vuelo del entendimiento, buscaban la verdad con ardor en Dios y en sus obras.

¡Qué sublimes concepciones las del genio cristiano! En el Verbo encarnado, *en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Colosén. II, 3), encontraban como

en purísima e inagotable fuente, la luz de la verdad, y a ésta la miraban como irradiando en las criaturas.

"En cada cosa, decía San Jerónimo, resplandece el conocimiento de Dios".⁵ "Toda verdad, afirmaba San Ambrosio, quien quiera sea el que la diga, viene del espíritu Santo".⁶

"El nombre de Dios, agrega San Buenaventura, está escrito en todas las cosas. La Sabiduría de Dios, que existe bajo múltiples formas, está oculta en todo conocimiento y en toda la naturaleza... y es evidente que Dios se encuentra misteriosamente velado en todo lo que se aprende".⁷

¡Cómo con tales ideas habían de tener los cristianos en menos el cultivo de las ciencias! En ellas nada podía encontrar su entendimiento contrario a las enseñanzas de la fe; porque, como observa Leibnitz, "siendo ambos un don de Dios, el combate de aquél contra ésta, sería el de Dios contra Dios". Por lo cual Santo Tomás no ha trepidado en afirmar "que todo lo que es contrario a los verdaderos principios de la razón natural, sería por lo mismo contrario a la sabiduría de Dios".

Empero, con mayor razón hemos de tener por falsa toda teoría científica que esté en oposición con las enseñanzas de la fe. La infinita Sabiduría, que ha revelado sus dogmas para la salud del género humano y la Iglesia que los propone a su creencia, son infalibles, y no pueden engañarse ni engañar. Mas, la ciencia profana es falible, y se ha engañado muchas veces. Dios, en efecto, que ha entregado el mundo a las disputas de los hombres, no ha prometido su asistencia a los sabios; pero ha querido poner fuera de discusión los dogmas religiosos, el conocimiento de los cuales es necesario a todos, y que constituyen el más precioso tesoro y patrimonio intelectual de la humanidad. Para que nadie ni nunca pueda violar el arca santa de las creencias religiosas, Dios prometió y ha dispensado siempre a la Iglesia su divina asistencia. Por lo cual, "la Iglesia, dice el Concilio Vaticano, que ha recibido, con la misión apostólica de enseñar, el mandato de guardar el depósito de la fe, tiene también de Dios el derecho y el cargo de proscribir la falsa ciencia, a fin de que nadie sea engañado por la filosofía y vana sofística". La santa Iglesia ha ejercitado ese derecho y cumplido con ese encargo constantemente, en beneficio de las mismas ciencias profanas, fijando los límites que no debían traspasar sus exploradores e indicándoles ciertos escollos en que podían fracasar sus esfuerzos.

Nuestra Universidad se fundará sobre esas seguras bases. Habrá en su seno amplia libertad en la enseñanza de las ciencias y de las letras, pero en armonía con las doctrinas del catolicismo. No podemos someter éstas al libre examen

de profesores y alumnos: porque lo que Dios ha dicho no se discute, sino que se cree y abraza reverentemente con la inteligencia y el corazón agradecidos.

Y por esto veréis que nosotros haremos lo contrario de lo que se practica en los establecimientos del Estado; en los cuales se hace servir la libertad de enseñanza que asegura la Constitución, para atacar los dogmas católicos que, según ella, deben ser inviolables. Con lo cual armonizará y justificará nuestra Universidad esos dos grandes principios constitucionales.

XIV

Dirán, por ventura, los que no simpatizan con nuestro ideal, que ofrecemos una instrucción mezquina y que poco puede esperar de ella la cultura intelectual de nuestra juventud.

No os alarméis, señores; este es el ideal que por diecinueve siglos viene persiguiendo la Iglesia Católica, el que en algunos ha logrado realizar tan espléndidamente que le han atraído gloria imperecedera.

En la primera manifestación sensible y libre de su poder intelectual, en el siglo IV, después de las grandes persecuciones del paganismo, aparecieron como viva encarnación de ese ideal los santos Padres; "aquellos varones, dice Villemain, cuya voz se levanta y se lleva tras sí los pueblos, eran los primeros de su tiempo, en ingenio, virtud y saber. Buscase en vano quien pueda compararse con ellos en el desierto campo del politeísmo... Juntos poseen más conocimientos y más fe que sus contemporáneos, sobre quienes ejercen este doble dominio".

Al contemplar Guizot los trabajos de los siglos posteriores, escribió estas palabras: "La Iglesia es tan soberana en el orden intelectual, que hasta las ciencias matemáticas y físicas se ven obligadas a someterse a sus doctrinas".

Y al mismo noble ideal de ciencia y fe, obedecen los trabajos modernos.

La historia del espíritu humano, en las diversas edades de la era cristiana, nos presenta el mismo hermoso cuadro de la religión y la ciencia estrechamente enlazadas, tanto en las instituciones innumerables de todo género, científicas y literarias, fundadas por el fecundo genio del catolicismo, para la cumplida cultura de la inteligencia y fomento del saber, cuanto en sus más ilustres y legítimos representantes, sin que ni la sincera adhesión a las inmutables doctrinas de la fe haya atado el vuelo de la mente en las investigaciones científicas, ni éstas hayan debilitado tampoco la firmeza de las convicciones religiosas.

⁵Unaquaque res fulgurat Dei cognitionem.

⁶Omne tverum a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est.

⁷Hoc nomen (Dei) scriptum est in mñibus rebus... Patet quod in omni re qua cognoscitur interius lateat ipse Deus... multi formis sapientia Dei occultatur in omni cognitione et omni natura



XV

Con cierta admiración, y como extraña novedad, han mirado algunos el anuncio de la fundación de un grande establecimiento de enseñanza por la autoridad de la Iglesia. No es nuevo, señores, este pensamiento. Remontad en el curso de los siglos cristianos, llegad al segundo y contemplad aquella famosa escuela catequística de Alejandría, que fue cual Universidad floreciente para aquellas regiones, y que estuvo sometida a la vigilancia del Obispo, a quien cupo la gloria de nombrar sus primeros jefes, los ilustres sabios Panteno, Clemente y Orígenes.

Descended en seguida y mirad cómo se multiplican en la Europa cristiana las escuelas episcopales, a la voz de Eugenio II que decía en el Concilio Romano de 826: "Hemos sabido que en algunos lugares no hay maestros y que la instrucción se encuentra descuidada. Por lo cual ordenamos a todos los obispos y a los curas de sus diócesis, que establezcan maestros que enseñen con celo la lectura, las artes liberales y la doctrina de salud".⁸

Si queréis hallar universidades verdaderas, más o menos vastas, penetrad en los siglos medios, y encontraréis que, desde principios del siglo XIII hasta mediados del XV, se fundaron nada menos que sesenta y ocho universidades católicas, "que, en general, dice Alzog, tenían un origen eclesiástico, por sus dotaciones, por su institución que emanaba de la

Santa Sede y por el interés con que los papas las honraron". En nuestra época las universidades católicas libres de Bélgica, de Francia, del Canadá, de los Estados Unidos de la América del Norte, de Colombia, están diciendo que estas hermosas corporaciones están llamadas a promover los grandes intereses de la religión y de las ciencias en las modernas sociedades.

Os ruego que os fijéis especialmente en la gran Universidad católica de Washington. La solemnísima colocación de la primera piedra del vasto edificio, verificada en Mayo último, reunió, en aspiración y simpatía común, a los más altos representantes de la Iglesia católica y del poder federal; y junto al ilustre Presidente de la gran República, de sus ministros y otros conspicuos personajes del orden civil, aparece el cardenal Gibbon, rodeado de obispos y sacerdotes entonando devotas preces para consagrar el futuro hogar de la ciencia y de la fe. Así se estiman estas instituciones en aquella floreciente nación. Y ¡cuenta con que hay en ella cientos de universidades y corporaciones docentes libres!

XVI

Al terminar, señores, esta larga exposición de nuestros proyectos, después de acogerme a vuestra indulgencia, permitidme dos cosas.

La primera es rogaros que meditéis las palabras que contiene la carta del Papa reinante, que se leyó en la aludida solemnidad de Washington, en la cual, expresando su gratitud por la ofrenda de 300,000 dólares, hecha a la Universidad por una ilustre dama, agrega: "Nos alabamos, como es justo, tan grande y noble liberalidad; y como la generosidad de carácter es justamente apreciada, Nos esperamos que otras personas imiten tan admirable ejemplo. Ejercer la liberalidad en pro de la educación cristiana, en un tiempo en que los peligros de la falsa ciencia son tan grandes y tan numerosos, es ciertamente el mejor uso que se puede hacer de la riqueza".

La última será recordaros que la hermosa festividad del presente día nos está invitando a elevar nuestras miradas hacia el excelso trono de María, y a pedirle que se digne asociar los destinos de la institución que va a nacer de la presente Asamblea a los suyos gloriosos. Roguémosle que bendiga y mire desde hoy como suya nuestra obra, para que sea como aurora luciente, que se levanta en el cielo de la patria anunciando la era de redención por que suspira.

⁸Hurter, Tableau des institutions et de moeurs de l' Eglise au moyen age. Chap. 35